

Escribir sin papel

Cuentos infantiles



MARTA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en [www.escribirsinpapel.es](http://www.escribirsinpapel.es)  
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



## MARTA

A Marta le gustan mucho las jirafas. Tiene su dormitorio lleno de jirafas: peluches, muñecos, dibujos, fotos... Le gustan las jirafas amarillas, las jirafas anaranjadas, las verdes, las rojas. Hay una jirafa de peluche que tiene el pelo de color morado y las manchas que adornan su cuerpo son rojas. Esa jirafa es la que más quiere. Cuando va a dormirse por la noche, coge su jirafa morada con manchas rojas, le da unos besos en la cabeza y la mete en la cama con ella: "Así estarás más calentita", piensa, y enseguida se pone a charlar con ella. Como si el peluche pudiera contestarle. La verdad es que nunca le contesta, claro, pero ella imagina que la jirafa entiende lo que le dice y hasta que se sonríe cuando le cuenta cosas graciosas y que pone cara seria cuando le cuenta algo triste. Entonces llega su madre, le da un beso y casi sin darse cuenta, coge a la jirafa morada con las manchas rojas y la vuelve a poner en su sitio en la estantería. Marta la mira y le dice adiós mandándole un beso. Entonces su madre le cuenta un cuento y Marta se queda dormida.

A veces, la madre de Marta no ve la jirafa en la cama y no la pone sobre la estantería. Esas noches Marta duerme con su jirafa dentro de la cama. Un momento antes de dormirse, piensa que va a soñar toda la noche con su jirafa. Y, aunque muchas noches no sueña con ella o, por lo menos, no lo recuerda, otras noches viaja con el peluche en sueños a los sitios que más le gustan. Soñó una vez que iban las dos a la playa. Era una playa que Marta no conocía, que no era tan grande como la playa a la que van en los veranos. Era una playa de arena fina, con el agua acariciando suavemente los pies. La jirafa daba saltitos cuando las olas le chupaban sus pezuñas. Corría alrededor de Marta y ella se reía sin parar de ver al peluche tan asustado.

Otra noche soñó que su jirafa la acompañaba con sus padres a casa de su abuela María. Como su abuela había hecho torrijas, todos se pusieron a comer. En el sueño de Marta, la jirafa se comía una torrija. Le supo a gloria; quería más y más. Así que Marta la tenía que guardar en el bolsillo de su abrigo para que no les dejase sin torrijas.

La jirafa morada con manchas rojas es la que más le gusta a Marta ahora. Pero antes de que se la regalaran, le gustaba una jirafita de plástico, con ruedecitas en los pies y un cordelito que le salía de debajo del largo cuello. Lo que Marta hacía con más gusto era pasear por la calle tirando de su jirafa de plástico con ruedas en los pies. Al salir de la escuela, corría como una loca para llegar a su casa y sacar de paseo a su jirafita del cordel. Merendaba rápido, cogía su jirafa de plástico, salía a la calle y se pasaba un ratazo de aquí para allá, sin saber adónde ir, buscando amigas. Pero como salía tan pronto, aún no había salido ninguna amiga ni ningún amigo.

Ella miraba a su jirafa como si no quisiera que la gente notase que se preocupaba por ella. Pero le daba mucho miedo no se fuese a caer por tropezar con una piedrecilla o por toparse con un bordillo o con un escalón. Al mirar así, como sin querer mirar, comprobaba que el animal de plástico seguía sonriendo y con los ojos abiertos como platos, rodando sobre sus pezuñas.

La jirafa de plástico ahora mira desde su sitio en la estantería cómo Marta juega con todas las demás jirafas, sobre todo con la de peluche. Pero, como dice Marta, está tan cansada de ir tantas veces por la calle, que ahora sólo quiere descansar. ¡Si hasta tiene las ruedas desgastaditas, la pobre!

Miguel, Juli, Paquito y Lucía son los amigos de Marta. Los cuatro van con ella a la misma clase. Los cuatro viven en el mismo barrio. Juli es la que le regaló la jirafa morada con manchas rojas. Con Juli, Marta se lo pasa muy bien, porque cuando se juntan, no paran de hablar. La madre de Juli, que tiene muy mal carácter, a veces les regaña porque siempre quiere que estén calladas y quietas. Y como ellas no paran de contarse cosas, cuando llega

cansada de trabajar les dice que ya no la molesten, que bastante ha tenido todo el día. Entonces ellas se van al cuarto de Juli y allí se siguen contando cosas. Como la vez que Juli le contó lo de su abuela.

La abuela de Juli nació en Francia, muy cerca de España. Por eso habla raro y muchas cosas las dice en francés. Pero hace las hojuelas como nadie y tiene un corazón de oro. En los veranos se va a ver a sus primas a Francia. El verano pasado se fue en el tren, como siempre hace, y llevaba un queso y unas botellas de vino para su familia francesa. Esto lo lleva todos los años, porque a sus primas les gusta mucho el queso y el vino de España. Luego, cuando vuelve, le trae a Juli siempre chokolatinas “Le Soleil” y a sus padres licor de almendras “Grand Chateau”. Lo que pasó este verano fue que el tren se estropeó en el trayecto y tuvieron que estar parados mucho tiempo en medio del campo hasta que llegaron a arreglarlo. Había con la abuela en el mismo compartimento una señora con tres niños que tenían mucha hambre. Como no había otra cosa y como no sabían cuánto tiempo iban a estar, la abuela de Juli sacó el queso para que comieran algo. No dejaron ni un bocado. Así que las primas de la abuela de Juli se quedaron el año pasado sin queso español.

Pero Juli, en cambio, sí que comió chokolatinas “Le Soleil” y Marta también las probó. Y juntas miraban los cromos que traían, de escritores franceses, con el dibujo de su cara y su nombre por delante, y por detrás, su vida y los libros que habían escrito. Después pegaron todos los cromos de las chokolatinas “Le Soleil” en una cartulina anaranjada y quedaron muy bonitos. Juli colgó la cartulina en la puerta de su cuarto, por dentro. Cuando se acerca uno a leer el nombre de un escritor de un cromo, le viene olor a chocolate. Y por oler a chocolate, Juli se va a aprender el nombre de todos los escritores franceses que vienen en los cromos de las chokolatinas “Le Soleil”.

La abuela de Juli sabe hacer las hojuelas como nadie. Las rellena de azúcar y las envuelve y, como están tan tostaditas, parecen rollitos de pan dulce. Cuando la abuela de Juli hace hojuelas, Juli avisa a Marta y meriendan juntas. Comen tantas hojuelas que luego les pesa la tripa, pero están tan

buenas que hasta les parecen pocas. Y cuando hace calor, en vez de hojuelas, la abuela de Juli hace helado de caramelo. Cuando hace helado de caramelo, las llama para que la ayuden a darle vueltas al helado, hasta que se pone bastante duro entre los cubos de hielo. Luego lo echa en unos vasos, les pone unos palillos y lo saca como si fueran polos. Las niñas se los comen dándoles chupaditas o pequeños mordiscos. Se salen al patio y se comen el helado tumbadas en las hamacas mirando el cielo. Si es de noche, miran las estrellas. Ven los colores de las estrellas. A Juli le gustan las estrellas amarillas. A Marta, las que tienen destellos rojos. Imaginan que son vasos de cristal con helado dentro, de vainilla, de fresa, de nata... Como están tan altas, sólo los pájaros pueden comérselas. Por eso de noche no hay pájaros, porque se suben al cielo a comerse un helado.

A Marta también le gusta caminar. Le gusta pasear por la calle, fijarse en los escaparates, sentarse en un banco a descansar, perderse por las calles sin recordar por dónde ha llegado allí. Mientras camina, nunca siente el cansancio, pero cuando al final se sienta, nota que las piernas casi le duelen de tanto andar. A Juli también le gusta pasear. Suelen ir siempre juntas, por la tarde. Los sábados también por la mañana, buscando el solecito en invierno y las sombras cuando hace calor. La verdad es que nunca se separan mucho de su calle, pero como van tan despacito, recorren tantos recovecos y dan tantas vueltas, ellas creen que están muy lejos de casa. Se sientan en el parquecillo y hablan. Cuando luego vuelve, siempre el padre de Marta le dice que dónde ha estado, que mira que le gusta andar perdiendo el tiempo, que más le valía hacer los deberes. Pero ella no cree que pierda el tiempo, porque se lo pasa muy bien y divertirse también es necesario.

Cuando van al parque, Marta y Juli se sientan en un bordillo de los que hay alrededor de los castaños. O apoyan en el tronco del árbol la espalda y miran desde el suelo los gorriones que se mueven de rama en rama y de árbol en árbol. Hay también palomas, que bajan a comer lo que les echan los chicos por el suelo. Allí huele muy bien, siempre huele a los árboles, sobre todo a los pinos que adornan los columpios. Una vez, de tan cansadas como estaban y de lo a gusto que se encontraban, se quedaron un ratito dormidas

sentadas junto al castaño.

De los árboles que hay cerca de la casa de Marta, los pinos le gustan mucho porque huelen muy bien y porque con las piñas que tienen se divierte mucho. Hay días que recoge una bolsa llena de piñas abiertas, unas veces en el parque, otras en el campo cuando va con sus padres. Luego, en su casa, se pasa una tarde entera pintándolas. Les pone colores distintos: unas acaban pintadas de un solo color de arriba a abajo y las más bonitas, las que están más abiertas, las pinta de varios colores, cada hoja de un color. Luego las pone todas juntas: debajo, las que están pintadas en un solo color; encima, en el centro, las que tienen muchos colores. Con las piñas pintadas hace regalos para todos: para sus amigos, para sus padres, ¡hasta para el gato! Cuando le regaló al gato una cesta de piñas, el gato se pensó que era un plato de comida o algo así, porque saltó encima de golpe y deshizo la montañita de piñas decoradas. Luego corría a ver si cogía alguna, sobre todo las de muchos colores, y cuando ya la tenía, la soltaba y perseguía otra, como un loco, como si se hubiera vuelto loco. Marta se reía de verlo así y le acercaba las piñas con los pies. El gato, cuando ya llevaba un buen rato persiguiendo piñas, se cansó de repente, perdió el interés. Maulló muy bajito un par de veces, se dio media vuelta y saltó con agilidad al poyete de la ventana abierta y se fue al patio. Marta recogió las piñas, las volvió a colocar en su cesta y se fue detrás del gato por si seguía jugando en el patio. Pero el animal la miró y volvió a maullar, como si le quisiera decir “Déjame en paz, que me quiero dormir”. Marta dejó las piñas en el suelo y se fue adentro.

El gato de Marta es muy listo. Hay días que parece que habla. Por lo menos, parece que quiere hablar. En el fondo, a Marta le gusta hablar con todos los animales. Aunque todo el mundo sabe que los animales no hablan, a Marta es como si le hablaran, sobre todo le hablan los animales que ella conoce: su gato y los pájaros de una vecina, que los cría en jaulas y tiene diez o más. Muchos días, Marta va a casa de su vecina, le pide permiso para dar de comer a los pájaros y se queda con ellos mucho rato. Allí hay

canarios, periquitos, petirrojos, una cacatúa y en una jaula más grande, una perdiz gorda que mira y mira, pero que casi no canta ni dice nada. A la perdiz parece que le da pena estar ahí encerrada, tan gordota como es, en una jaula pintada de verde. Las pocas veces que abre su pico, es como si se lamentara y dijera que no quiere estar ahí, tan sola, tan grande y tan sola, que se acuerda de cuando vivía en un monte y corría a grandes saltos entre los matorrales de lavanda, que la comida que le dan no es buena, no es la que le gusta comer a ella. Marta la escucha con mucha atención, la mira con pena y muchas veces hasta piensa en abrirla la jaula para que se escape y se vuelva a su monte, a correr entre los matorrales de lavanda. Pero enseguida se acuerda de que la perdiz no sabe volver, de que se perdería por ahí, por la calle, y seguro que no iba a llegar hasta donde hay lavanda y espliego. Por lo menos, eso es lo que le dijo su vecina una vez que le preguntó por qué cantaba la perdiz tan poquito y parecía que estaba triste. Y entonces le habla en un susurro, para que sólo la oiga la perdiz tristonera, y le dice que ahí está con todos los otros pájaros, oyendo cómo cantan los otros pájaros. Y le recuerda que en el monte hace frío en invierno y en verano un calor sofocante. La perdiz la mira desde su jaula, agacha su cabeza y canta un poquito, como dando las gracias. Pero luego vuelve a su tristeza de siempre.

Los canarios y los periquitos sí que cantan. Se deben de saber mil canciones o más, porque cantan sin descansar: uno tras otro, dos o más a la vez, todos juntos, contestándose, terminando la canción que otro ha empezado o repitiendo palabra a palabra y nota a nota una melodía que antes interpretaban los dos de arriba. Esos sí que están contentos de vivir ahí, en las jaulas de la vecina de Marta. Esos no han conocido el monte ni el campo ni la lavanda ni el espliego ni nada de nada. Por eso no se acuerdan de nada de antes y viven tan contentos. Cuando Marta les echa cañamones o les pone una hoja de lechuga o una de endibia, todos rompen su canto y Marta entiende que le dicen gracias. Marta canta canciones y ellos siguen la melodía y algunos bailan en la jaula y saltan de un palito a otro. Los que están dos en una sola jaula, se cruzan en sus saltos, abren sus alas y cantan mirándose y casi riéndose de alegría. Marta baila para que la vean, salta como a la comba y ellos se asoman a las rejas de sus jaulitas y cantan más alto. Luego Marta se despide de ellos hasta otro día y se pone a mirar a la

cacatúa. La cacatúa no está en la terraza, con los canarios, los periquitos, los petirrojos y la perdiz. La cacatúa está en el salón, en una jaula dorada que cuelga de una percha con pie, cerca de la ventana. Dice la vecina de Marta que es como las que les gustaba llevar al hombro a los piratas y que por eso anda como si tuviera una pata de palo y tiene un gesto antipático cuando ve a alguien que no conoce. La cacatúa sí que habla. Dice “Lorito, lorito”. Dice “Dame chocolate”. Dice “¿Dónde va la niña?” y “¡Grrrua! ¡Qué calor!”. Marta le está enseñando a decir “Marta, bonita, dame agua”, pero la muy tunanta dice siempre “Marta, bonita, ¡qué calor!”. Así que Marta hace como que se enfada y levantando el dedo índice, le advierte que nunca le va a dar el agua si no se la pide. Pero luego se la da, porque cuando la cacatúa la ve así, se queda callada y se va andando (como si tuviera una pata de palo) hasta un rincón de su jaula dorada, mirando hacia la ventana.

Una vez, llevó la jirafa morada de manchas rojas y se la metió a la cacatúa en la jaula. El pájaro miraba al peluche y luego le decía “Lorito, lorito”. Y Marta le decía “No es un loro: es una jirafa”. Y tanto se lo repitió que la cacatúa se cansó y al final le dijo “¡Grrrua, jirafa, dame agua!” y Marta se enfadó con la cacatúa, que le pedía agua a la jirafa y a ella no era capaz de pedírsela. Pero al final de todo, ese día también acabó dándole agua a la cacatúa de su vecina y poniendo lechuga entre los barrotes dorados de su jaula.

Cuando la madre de Marta le dice que se prepare porque van a ir a visitar a su tía Carmen, a Marta le da mucha alegría. Aunque su ciudad no es muy grande, a casa de la tía Carmen hay que ir en el autobús. Marta busca siempre un asiento al lado de una ventanilla, para ir viéndolo todo. Se queda calladita y mira y mira. Ve gente que pasea, que charla, que tiene prisa o que va perdiendo el tiempo; ve obreros trabajando en la calle, gente sentada en las cafeterías merendando o tractores que vuelven de trabajar en el campo. Mira a las ventanas, a los balcones y ve gente asomada que contempla la calle, algunos que leen, que ven la televisión, que charlan... Desde el autobús, Marta disfruta inventando historias de la gente que se ve. Una mujer asomada a su balcón está esperando que vuelvan sus hijos de la



escuela y les tiene preparados bizcochos con chocolate. A lo mejor es el cumpleaños de uno y en vez de bizcochos hay una tarta. Un viejo sentado en un banco mira tan atentamente a los que pintan la casa de delante porque él trabajó de pintor y se acuerda de cuando pintó tal o cual casa con los mismos colores con los que ahora pintan estos esta de aquí. O piensa en lo que están tardando en acabar la fachada. El muchacho del perro tiene prisa: ha quedado para salir a dar una vuelta, pero su padre le ha dicho que antes tiene que sacar al perro a pasear. Por eso tira de la correa que parece que va a ahogar al perro. Y el perro se demora olisqueando el pie de un árbol y no quiere volver a meterse en casa. Sabe que hasta el día siguiente no va a ver la calle otra vez. Los ocho chicos que están en la cafetería están celebrando que uno de ellos ha vuelto de las vacaciones y les está contando cómo se lo ha pasado, les está enseñando las fotos del sitio. A lo mejor es que todos han hecho un viaje y ahora que ya están de regreso están recordando en las fotos todo lo que han visto y los trenes en los que han hecho el viaje.

Luego llegan a casa de su tía Carmen y Marta juega con su prima Carmelita y le cuenta lo que ha visto desde el autobús. Como Carmelita es más pequeña que Marta, la escucha muy atentamente y con los ojos muy muy abiertos le dice “Y qué más”. Marta se lo cuenta todo, lo que ha visto y lo que ha imaginado, y le promete que la llamará por teléfono para contarle lo que vea desde el autobús en el viaje de vuelta. Pero como vuelven ya de noche, ya no hay nadie en la calle y nadie está asomado a su ventana ni quedan ya chicos en las cafeterías. Así que el viaje de vuelta es muy aburrido y luego no llama a su prima Carmelita. Y mejor, porque Carmelita, que es aún pequeña, ya se habrá dormido, pensando en todo lo que Marta le ha contado, imaginándose el hambre que tenía el hombre del tractor, que por eso ha dicho Marta que corría tanto para llegar a su casa a cenar.

Cerca de donde vive Marta hay un pantano. Es un pantano muy grande, pero hay un sitio a la orilla del agua lleno de álamos, que es donde van siempre Marta, Paquito, Lucía, Juli y Miguel. Van en verano, por las mañanas. En verano hace mucho calor, pero en la alameda del pantano refresca mucho y a la sombra de los árboles los chicos juegan horas y horas.

A veces se llevan el bañador y se bañan y se salpican de lo lindo. Se van persiguiendo dentro del agua y se caen o se tiran y nadan hasta una lancha que hay cerca de la orilla.

Cuando no se bañan, se tumban entre los álamos y cantan o se cuentan historias. El que cuenta las historias más raras es Miguel. Como el abuelo de Miguel fue soldado en África, le ha contado muchas cosas y ahora Miguel las cuenta a sus amigos. O les dice cómo los pájaros vuelan de aquí para allá sin perderse nunca; o que pegando con una piedra en otra saltan chispas y se prende fuego; o que los búhos nunca duermen y ven de noche mejor que de día; o que si cazas una rana un martes y la metes en un bote con una hoja de laurel, luego la rana irá donde tú le digas y croará cuando se lo mandes. Cuando les dijo esto de la rana, Luci y Paquito no se lo creyeron. Así que se pusieron a buscar ranas por la orilla del pantano. Hay muchas en esa parte, en la orilla donde hay más sombra y se está más fresquito. Si te callas un rato, se oyen croar. Consiguió Paquito coger una rana. El pobre bicho estaba espantado y quería escaparse, pero Paquito la cogió por las ancas y la llevó colgando hasta su casa. La metió en un bote. Marta le llevó laurel de su casa y se lo pusieron a la rana. Pero luego, al sacar al día siguiente a la rana del bote de cristal con la hoja de laurel, la rana brincó por todas partes y por más que le gritaban que volviera, no volvía. Así hasta que al final, de un salto, se escapó a un jardincillo de una casa y ya no la vieron más. Paquito dice que es que era mentira lo del laurel, pero Miguel les dice que a lo mejor el laurel de Marta estaba ya rancio y la rana no lo probó.

Marta no se cree tampoco lo de la rana y el laurel, pero sí que se cree todo lo demás que cuenta Miguel. Porque Marta conoce a su abuelo que fue soldado en África, y tiene la cara llena de arrugas que dice que le salieron en el desierto, de tanta arena como le daba en la cara. Dice Miguel que su abuelo es capaz de estarse muchos días sin dormir nada, que se acostumbró cuando fue soldado y tenía que estar muchos días en el desierto y allí no te puedes dormir porque te mueres del frío que hace por las noches. Y cuenta Miguel que él estuvo una noche entera sin dormir, viendo a su abuelo cómo leía, tallaba un tronco con una navajilla, zurcía su chaqueta gastada y oía la radio. Dice Miguel que él no tuvo sueño esa noche y que se le pasó muy rápido. Pero luego, por la mañana, se quedó tan dormido que su padre no

pudo despertarlo para ir al colegio.

Y dice Miguel que su abuelo no ha ido nunca al médico, que se cura las enfermedades con hierbas que conoce, pero que casi nunca está enfermo. Y dice que en África hay cuevas que si te metes y empiezas a andar y a andar y a andar, nunca llegas al final, porque van hasta el centro de la tierra. Marta se imagina que deben ser unas cuevas muy oscuras y que le daría mucho miedo meterse.

Cuando vuelven del pantano a casa, la madre de Marta le pregunta qué tal se lo ha pasado y ella dice que se han divertido mucho. Luego, cuando se acuesta y se va a dormir, se acuerda de lo que les ha contado Miguel. A veces sueña con ello.

Marta se queda como boba cuando oye las campanadas de una iglesia. Donde ella vive, suenan las campanas de dos iglesias y las del reloj del ayuntamiento. Muchas veces suenan todas al mismo tiempo. Entonces Marta se para por ver si logra reconocer de dónde llega cada campanada. Los sonidos de una y otra campana son muy distintos. Una iglesia tiene una campana grande y dos chiquitinas. La grande suena ton-ton-ton, pero muy lento, pasa mucho rato entre un golpe y otro. En la torre de esa iglesia piensa Marta que no hay palomas, porque si hubiera se asustarían y se pensarían que se les va a romper la casa.

La otra iglesia tiene una sola campana pequeña, que suena tan-tan-tan, con golpes muy ligeros. Allí sí que habrá palomas, porque con ese ruido pueden hasta bailar, de bonito que es.

Al reloj del ayuntamiento no se le ve la campana. La debe de tener dentro, en la caja donde está la maquinaria. Suena siempre lo mismo, sin que haya música, sólo su clan-clan-clan de siempre, aburrido, como sin gracia.

Por eso a Marta le resulta tan raro que cuando suenan las campanadas, salgan palomas de la primera iglesia y que haya dos cigüeñas viviendo en el reloj del ayuntamiento, pero que en la otra iglesia no haya ni un solo pájaro. A veces los animales son muy raros y no sienten lo mismo que las personas. Marta va pensando que, si fuese una paloma, viviría en la iglesia donde

ahora no vive ningún pájaro, porque las campanadas son allí más alegres que en las otras, pero nunca en la iglesia de la campana grande con dos más chiquitas. Allí le daría miedo vivir, con ese ruido tan serio y tan triste.

Pero, sea como sea, la verdad es que le gusta mucho oír las campanadas de los tres sitios. Cuando las escucha, se queda parada, como boba, intentando saber qué están diciéndole las campanas. La campana grande dice "Estoy sonando muy cansada, soy ya vieja y aún me hacen trabajar". Le contesta el reloj del ayuntamiento "Calla y sigue. Hasta pronto. Calla y sigue. Hasta pronto". Y al final, la campana menuda de la otra iglesia, como si no hubiera oído nada, les dice "Ya estoy aquí, qué bien. Yo sueño más, qué bien".

Y Marta las escucha una y otra vez por si dicen otra cosa. Y siempre dicen lo mismo. Y cuando dejan de tocar, Marta se sonríe y sigue paseando.

Una vez, Miguel les contó que los marineros, cuando en el mar no se ve de tanta niebla como hay, tocan una campana en su barco para que ningún otro barco choque con ellos. Marta se figuró que también en su ciudad tocan la campana para que los pájaros no se choquen con las torres de las iglesias.

Si una tarde llueve o hace mucho frío, a Marta no le dejan salir a la calle. Pero en casa tiene también muchas diversiones. Lo que más le gusta es pintar. Dibuja con lápiz sobre un papel grande, porque siempre hace dibujos con muchas figuras: trenes que llegan a un pueblo; plazas rodeadas de casas y llenas de gente, con la banda de música y todo; playas con muchos bañistas y gente tomando el sol... Luego, con lápices de colores, las pinta con mucho detalle. Algunos dibujos no le salen bien o tienen las caras muy feas o los colores muy mal puestos. Eso, la verdad, no le importa mucho. Ella lo ve muy bien dibujado y muy bien pintado. Aunque luego le digan que si ese niño ha salido mal, o que si esa casa es tan pequeña que no cabe nadie. A ella le parece que sí cabe la gente, piensa que serán pequeños los que viven ahí y por eso se han hecho una casa pequeña.

Marta dibuja siempre pensando en otra cosa. Primero, decide qué va a dibujar. Si le han contado un cuento que le guste, entonces pinta una escena del cuento. O pinta una parte de un cuento que le contaron hace ya tiempo, pero que le gustó mucho. Pero, en cuanto se pone a dibujarlo, su cabeza empieza a irse pensando en sus padres o en sus amigos. Se acuerda de cosas que le han pasado o planea qué va a hacer al día siguiente en la escuela. Entretanto, sus dedos siguen dibujando la escena del cuento. Mientras lo dibuja, piensa en los colores que le va a poner a cada parte. Pero cuando ya está coloreando, piensa en otra cosa, en su jirafa o en las chocolatinas de Juli, o en lo que sea.

Cuando acaba sus dibujos los mira un buen rato. Entonces sí que se fija en cómo han quedado. Y los pincha con cuatro chinchetas en la pared de su cuarto. Como tiene tantos, tiene que quitar uno viejo para poner el nuevo. Una pared entera está llena de sus dibujos. Luego, cuando por la mañana se despierta, antes de levantarse de la cama los mira mucho. Se acuerda entonces de todo lo que imaginó mientras los pintaba y es como si los volviese a pintar otra vez. Después se levanta. Cuando no tiene ganas de irse a la escuela, se queda mirando sus dibujos desde la cama hasta que llega su madre y la llama y le dice que ya se tiene que levantar. Marta se levanta perezosa. Desayuna despacito. Hasta a veces le dice a su madre que está mala y que no puede ir a la escuela. La madre le mira mucho la boca y los ojos, le toma la temperatura y, en cuanto se da cuenta de que no es verdad sino una excusa para no ir a la escuela, le da un beso en la frente y un caramelo y le dice “Con este caramelo se te pasará enseguida”. Marta se lo come y se va a la escuela muy despacito, acordándose de lo a gusto que se habría quedado en su cama, contemplando los dibujos que tiene colgados de la pared de su cuarto.

Marta no sabe nadar, pero le gusta mucho ir a la playa. Sus padres se tumban a tomar el sol y ella juega en la arena. Muchos días, salen juntos en una barca y se van muy lejos, muy lejos, hasta donde al mirar hacia la playa se confunden una con otra y ya no se distingue dónde está la suya. Marta se sienta en una banca y se queda muy quietecita mirando a sus padres remar.

Allí lejos, su padre se tira al agua y les salpica a su madre y a ella. Entonces su madre saca una caña y lanza el sedal. Así, quieta la barca, pasan un rato. Nunca pescan ningún pez, pero siempre dicen que el próximo día tendrán más suerte. Y Marta moja su mano dejándola caer por fuera de la barca, tumbada sobre la parte de delante. Al volver, mantiene la mano en el agua y mira cómo, con el movimiento, va dibujando una estelita de espuma si la agita un poco. Así saluda a los peces y se los imagina acercándose a su mano para darle un beso. Imagina que los coge, que coge un pez y que luego lo suelta, y que el pez vuelve de nuevo para seguir jugando con ella. Luego llegan a la playa otra vez y en la arena dibuja peces con el dedo. Y dibuja barcos y peces por debajo de los barcos.

El viento llega soplando desde muy lejos a la ciudad donde vive Marta. Se cuele por todas partes y baila con cada cosa que encuentra. Cuando se revuelve en un rincón o cuando pasa por un sitio muy estrecho, silba y canta y cuenta cómo son los lugares por los que ha pasado antes de venir hasta ahí. Coge de la mano a los pinos de la plazoleta y les hace bailar la música que él mismo toca.

Al viento, como llega de sitios muy lejanos, le gusta presumir de que conoce a mucha gente. Se lo explica a las palomas de la iglesia. Les cuenta cosas que les sorprenden mucho y las palomas de la iglesia se agitan y revolotean como asustadas. Y el viento se ríe de verlas y se va corriendo a decirles a los castaños del parque cómo es el mar. Y les dibuja los barcos y les cuenta cómo son los grandes peces del océano y cómo atacan a los barcos de los hombres cuando los hombres van a pescarlos. Entonces los castaños del parque se asustan y les tiemblan las hojas. Pero el viento después les susurra en los oídos la historia de algún enamorado que encontró en un pueblo lejano, y los castaños se estremecen tiernos, sonriendo y dejando que todos los pájaros los acaricien.

A veces, las flores de la ciudad donde vive Marta, convencen al viento para que se detenga a escucharlas y le hablan de la gente que las ve y que pasa por su lado todos los días. Y le hablan de Marta. Cada una le cuenta una cosa, todas hablando a la vez. Y el viento forma un remolino y sube y

sube y les dice que hablen de una en una porque no las entiende. Y una le habla de la voz de Marta; otra, de la cara de Marta; otra, de sus jirafas o de sus amigos. Todas le dicen lo bien que se lo pasan cuando la ven llegar.

Al oír que le están hablando de Marta, los árboles también se ponen contentos y llaman a voces al viento para hablarle de su mejor amiga. Le explican cómo se ríe y cómo juega y le hacen ver con los movimientos de las ramas cómo pinta sus dibujos o cómo se ríe cuando está con sus amigos. Y las palomas y los gorriones se suben a las copas de los árboles para que los vea el viento y le cantan alborotándose cómo es la casa de Marta o las veces que hablan con ella. Gritan todos porque todos quieren que los escuche. El viento se arremolina enfadado y sube y sube y desde arriba les pide que hablen de uno en uno. Y entonces los gorriones y las palomas vuelven a explicarle cómo es la casa de Marta y le hablan de sus amigos y de sus muñecos y sus dibujos.

El viento que llega de muy lejos y que ya conoce tantas cosas, siente curiosidad por ver a Marta. Les pide a los pájaros que lo lleven a su casa, que quiere conocerla. Y los pájaros lo llevan hasta allí. El viento entra en la casa, colándose por la chimenea y por las ventanas entreabiertas. Recorre rápido todas las habitaciones pero no ve a Marta. Cuando sale y dice que no está, oyen a los castaños del parque que les gritan que está allí. Y vuelan bordeando las casas pájaros y viento, corriendo por la prisa de ver a Marta. Y la encuentran allí, sentada con Juli en un banco, cansada después de haber dado un largo paseo, comiéndose un caramelo a la sombra de los castaños.

Cuando el viento llega y las ve, baila alrededor de Marta y con las muchas manos que tiene, le acaricia la cara. Marta nota la brisa por sus mejillas y se le alborota el pelo. Cierra los ojos y se peina con los dedos. Y sigue charlando con Juli.

Y el viento, que viene de muy lejos y que conoce muchas cosas y mucha gente, se despide de los pinos y de los castaños y de los gorriones y las palomas, y se va corriendo y les dice que ahora hablará de Marta en todas partes, a los pájaros, las casas y los árboles de todos los sitios por los que pase. Y les dice que volverá otra vez para volver a ver a Marta y para volver a acariciar su pelo.